



La
MARAVILLOSA
HISTORIA
del
ESPAÑOL

*Francisco
Moreno Fernández*

**INSTITUTO
CERVANTES**



Instituto
Cervantes



ESPASA

La
MARAVILLOSA
HISTORIA
del
ESPAÑOL

Francisco
Moreno Fernández

INSTITUTO
CERVANTES



© Instituto Cervantes, 2015
© Francisco Moreno Fernández, 2015
© Espasa Libros, S. L. U., 2015

Mapas de interior: Luis Doyague.

Imágenes de interior: Archivo Fotográfico Espasa; Oronoz - Álbum (para la imagen «Mapa itinerante de los caminos por los que anduvo Don Quijote», obra de Tomás Gómez, 1780).

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

ISBN: 978-84-670-4427-0
NIPO: 503-15-030-1
Depósito legal: B. 19.478-2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art . 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice

<i>Introducción</i>	9
---------------------------	---

<i>Agradecimientos</i>	12
------------------------------	----

Parte I. De los orígenes a las grandes navegaciones

1. El paisaje lingüístico de Europa	15
2. Cómo surgió el castellano	27
3. Monasterios y cancillerías	39
4. Las lenguas del Libro	52
5. El español en sus modalidades regionales	65
6. Desde las cañadas a la mar oceána	78

Parte II. Del Imperio a las revoluciones

7. Lengua y sociedad peninsular en los siglos XVI y XVII	95
8. La vida lingüística de las colonias	111
9. Escritura y literatura en España y América	127
10. El español en Europa y Europa en el español	141
11. La lengua ilustrada	154
12. Entre ciencias y academias	166

Parte III. De las independencias al siglo XXI

13. Constitución de las naciones lingüísticas	183
14. Lengua y costumbres populares	198
15. Las normas del español	213
16. En tierras hispánicas	228

17. Más allá del español	241
18. El español en la era de Internet	257

Apéndices

<i>Glosario</i>	271
<i>Comentarios bibliográficos</i>	278
<i>Referencias bibliográficas</i>	296
<i>Índice de personajes y palabras</i>	316
<i>Índice onomástico y temático</i>	317
<i>Mapas políticos: España y América</i>	329

1

El paisaje lingüístico de Europa

La historia lingüística de Europa es realmente fascinante. Es una historia de fronteras, disputas y rivalidades, pero, al mismo tiempo, es una historia de espacios comunes, entendimientos y coincidencias. Con el paso del tiempo, las lenguas europeas se fueron haciendo las unas a las otras, intercambiando componentes en un gran proceso de mestizaje secular. Las lenguas de la península ibérica también han sido protagonistas en ese proceso de intercambio y con ellas, naturalmente, la lengua española.

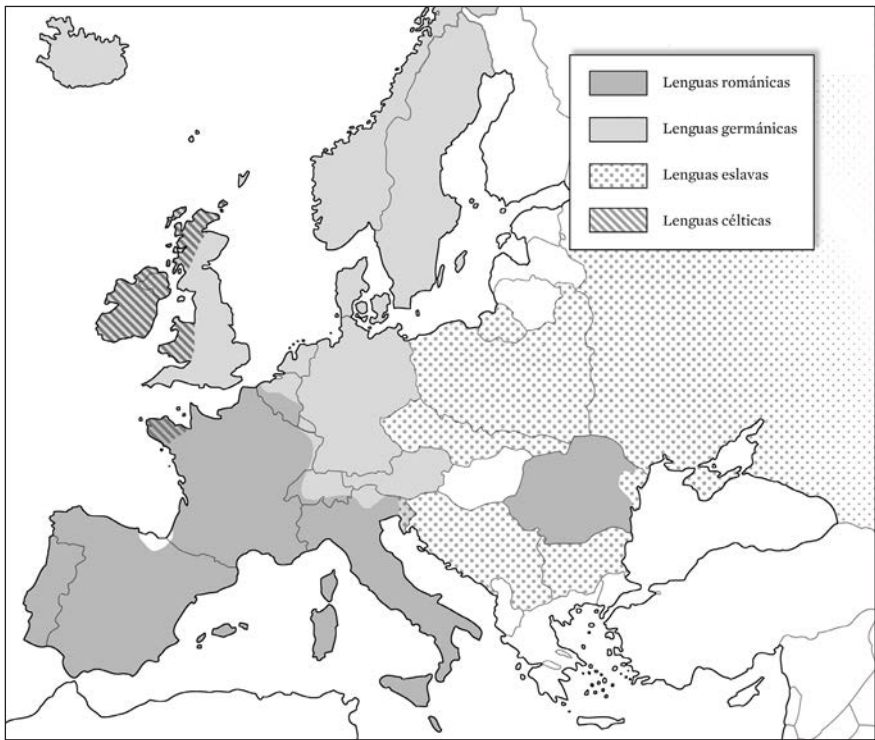
La cultura del continente europeo ha estado marcada por la suerte de cuatro familias lingüísticas emparentadas desde hace tres mil años: la celta, la itálica, la germánica y la eslava. El parentesco entre ellas se debe a un ancestro común: una lengua a la que los lingüistas del siglo XIX llamaron «indoeuropeo». En consecuencia, todas las lenguas miembros de esas cuatro familias son lenguas indoeuropeas: el inglés, el alemán, el ruso, el griego..., y el español. Sin embargo, no lo son todas las lenguas de Europa porque unas pocas, cuyo origen no ha podido conocerse, arribaron por otros caminos: el finés, el húngaro, el estonio, las lenguas laponas y el vasco o euskera. Las distancias lingüísticas entre unas y otras son claramente apreciables.

La *familia celta* se extendía, antes de Cristo, por gran parte del continente europeo. Sus dominios incorporaban también el noroeste de la península ibérica y diversos puntos a lo largo de la costa atlántica. La *familia itálica* incluía, entre otras, dos de las grandes lenguas de la cultura antigua —el latín y el griego— que extendieron sus dominios por el Mediterráneo occidental, la primera, y por el oriental, la segunda. El apogeo del latín fue consecuencia del Imperio romano; el del griego llegó con la extensión del Imperio bizantino, tras la división de la Roma imperial. Al norte de Europa, la *familia germánica* tenía frontera con los celtas en el río Rin. Su expansión hacia el sur y el oeste llegaría con el saqueo de Roma (410) y con la entrada de los pueblos germánicos en la península ibérica. Finalmente, la

familia eslava tuvo su primer dominio en la Europa nororiental y desde ahí se fue extendiendo hacia el sur hasta llegar a Bizancio en el siglo VI.

Entre todas las lenguas europeas, las que menos influencia han ejercido sobre el español históricamente han sido las eslavas, más allá de algunas formas léxicas —*corbata, bohemia, esclavo, zar, obús, mazurca*— que han podido llegar a través de otras lenguas en tiempos más modernos. La influencia de las familias celta y germánica, sin embargo, ha sido más profunda; y la de las demás lenguas derivadas del latín —las lenguas románicas o romances, las de dentro y las de fuera de la península— resultó sencillamente esencial para el devenir del español. Pensemos que el imperio romano se articulaba como una comunidad cultural, en la que era fundamental el uso del latín, sobre todo escrito, que vertebraba la comunicación y fijaba una referencia de buen uso. Esa referencia, no obstante, se fue diluyendo con la decadencia de Roma y la escritura pasó a ser prerrogativa de unos pocos, mientras los más eran siervos de unas hablas que se iban alejando entre sí conforme la comunicación se hacía más y más difícil. Tanto fue así que, entre los siglos IV y X, las hablas latinas populares se fragmentaron de manera irremisible.

Ahora bien, para el arranque de nuestra historia del español es imprescindible conocer la situación lingüística de Europa en torno al año 1000. Por entonces, el continente europeo tenía una población de unos 38 millones de habitantes, la mitad de ellos en los países mediterráneos, si bien estos no constituían el mayor espacio cultural del mundo, ya que el Imperio mongol y la China de la dinastía Song reunían, cada uno, a más de 100 millones de almas. En ese año 1000, Europa estaba dominada por cuatro grandes grupos lingüísticos, herederos de los antiguos: el eslavo, el celta, el germánico y, ahora, el romance, a los que se sumaba una lengua superestructural y común, el latín, idioma de la Iglesia occidental. Este latín se utilizaba en la escritura y en los discursos públicos más elevados: las cortes reales, las artes y las ciencias, la vida eclesiástica, los centros de estudios. Era una lengua de estatus social alto que se oponía al uso privado y popular de las lenguas habladas, entre las que se contaban las románicas, que comenzaban a distanciarse definitivamente del latín. Hasta qué punto eran inteligibles esas lenguas habladas entre sí es muy difícil de saber. Con toda probabilidad, las hablas de un lugar eran comprensibles para los vecinos próximos y las de estos para los de más allá; y así sucesivamente, formando una cadena que, en un momento dado, ya no podría garantizar la intercomprensión entre la primera habla de la cadena y la de los pueblos con los que no tenía contacto directo.



Grandes familias lingüísticas de Europa

El panorama idiomático de cada región europea respondía a sus específicas condiciones históricas y geográficas. La frontera germano-eslava, en principio situada en el río Elba, se desplazó hacia el este en el siglo XII, de modo que los eslavos llegaron a hablar alemán con sus señores y griego con los bizantinos del sur, además de latín con los europeos occidentales. Al otro extremo del espacio germánico, las islas británicas se repartían entre los dialectos del inglés antiguo, llamado anglosajón —de origen germánico— y dos grandes dialectos celtas: el galés y el gaélico, este último aún vivo en las actuales Escocia e Irlanda. A partir del siglo XI, con la invasión normanda de Guillermo el Conquistador, que se acompañó de bretones y francos, la lengua francesa llegó a las islas y se convirtió en idioma de la corte durante tres siglos. La influencia del francés sobre el anglosajón fue tan profunda que, con base en el léxico, sería difícil determinar si el inglés moderno es una lengua germánica o románica. En cuanto a la frontera entre el espacio románico y el germánico, no existían límites claros y rígidos; era más bien un franja compartida, de

control laxo, con transeúntes que hablaban distintas lenguas, excepto en la frontera franco-germana.

Dentro de la Romania, en Italia proliferaban varias modalidades romances, aunque en el sur se hablaba griego y en Sicilia, árabe. Francia, por su parte, repartía la mayor parte de su territorio entre la *langue d'oïl*, al norte, y la *langue d'oc*, al sur, en la Aquitania. Ambas convivían con otras lenguas, como el bretón o el vasco. La *langue d'oc* también se llamó *provenzal* y su prestigio como lengua literaria y de cultura fue tal que llegó a utilizarse como lengua franca de la corte y la literatura; es decir, como lengua común entre hablantes cultos de lenguas maternas diversas. Precisamente la existencia de lenguas francas —sea el latín, sea el provenzal, sea la *lingua franca* del Mediterráneo, forjada probablemente durante las Cruzadas— adquirió mayor relevancia durante la Edad Media por cuanto las lenguas habladas estaban más aisladas que en la actualidad y sus fronteras eran más inestables.

La situación lingüística de la Europa medieval nos revela algunos hechos muy significativos. Uno de ellos tiene que ver con el sentimiento de identidad geográfica que, si bien en la historia moderna se exhibe con orgullo, durante la Edad Media resultó débil y a veces inexistente. En realidad, excepto en las fronteras franco-germano y anglo-celta, no existieron fuertes sentimientos de pertenencia geográfica, tal vez porque las fronteras culturales eran más borrosas, religión aparte. Del mismo modo, es cierto que la historia lingüística de Europa se ha escrito a base de conquistas militares y que el ser humano es muy sensible a las diferencias de lengua, especialmente en la Europa contemporánea, pero las cosas no siempre han sido así. Para los francos medievales significó mucho hablar su lengua y no alemán, efectivamente, pero, como explicó en 2000 el historiador Christopher Brooke, en el mismo periodo, Inglaterra fue conquistada por una dinastía francesa que no necesitó aprender inglés. Por su parte, Escocia se transformó socialmente bajo la influencia de Margarita, esposa del rey Malcolm III (el Malcom de *Macbeth*), una princesa de origen inglés, que había sido educada en Hungría, donde hablaba latín en casa, y que parece que no llegó a hablar gaélico. Al mismo tiempo, la iglesia británica se sometió a la primacía de dos preladados italianos que probablemente utilizaban el latín para su comunicación cotidiana sin que ello supusiera una dificultad insalvable para nadie. Los matrimonios entre casas reales de distintas partes de Europa no parecían tener complicaciones de lengua, ni tampoco las estancias europeas de clérigos y estudiantes, como mostraba el anónimo autor del poema *Razón de amor* al escribir sobre sí mismo:

mas siempre hobo criança
en Alemania y en Francia;
moró mucho en Lombardía
para aprender cortésia.

ANÓNIMO, *Razón de amor*, h. 1250

Existió, eso sí, un uso franco del latín, de alto estatus sociocultural, aunque su forma popular llegó a constituir una de las preocupaciones del emperador Carlomagno y de su sucesor, Luis el Piadoso. Así se originó uno de los proyectos culturales más representativos de la Europa medieval: la *reforma carolingia*, también llamada *renacimiento carolingio*. Carlomagno, a la vista del grado de deterioro cultural al que Europa había llegado a finales del siglo VIII, como consecuencia de la desmembración de los imperios de oriente y de occidente, así como de las interminables conquistas de su dinastía, quiso promover una actividad cultural capaz de paliar la decadencia y, al tiempo, de favorecer la cohesión cultural y religiosa de su imperio. Así, dispuso la creación de escuelas junto a las iglesias para impartir una instrucción obligatoria en latín y se rodeó en su corte de intelectuales de primera línea para que lo ilustraran y aconsejaran. Ellos se encargaron de promover la recuperación de manuscritos de textos clásicos, que de otro modo se habrían perdido para siempre, y de incentivar los estudios en materia litúrgica, literaria, jurídica, artística. La labor de copia de textos comenzó a desplegarse dentro de los muros de decenas de monasterios y las bibliotecas se multiplicaron.

En el plano propiamente lingüístico, el renacimiento carolingio también tuvo significativas consecuencias. La principal fue la creación del latín medieval más característico, que se derivó de la revisión y corrección de los textos latinos antiguos y que hizo posible la homogeneización del latín como lengua común para la escritura en Europa, facilitando la comunicación cultural entre territorios diferentes. No era la primera vez que se intentaba la restauración y el cuidado de los textos antiguos, sobre todo con fines de enseñanza; de hecho san Isidoro de Sevilla, el gran sabio de la época hispanogoda (siglo VI), también había promovido una renovación del latín. Pero la repercusión de la empresa carolingia fue mayor y con más trascendencia, puesto que se produjo durante la formación de las lenguas romances. En una situación en la que el latín tardío y los romances tempranos parecían converger, la recuperación del latín original de Marcial, Cicerón, Ovidio o Virgilio, así como de los grandes padres de la Iglesia, contribuyó a construir un latín renovado, escrito y hablado, para la vida eclesiástica, con capacidad de diferenciarse del *sermo rusticus* ‘habla rústica’, oral y popular. Podría decirse que el renacimiento carolingio y la latinidad eclesiástica, en general, no

fueron determinantes para la configuración de las nuevas lenguas europeas; y sería cierto, pero no puede negarse que resultaron sencillamente imprescindibles para la transmisión de la cultura clásica en occidente.

Las nuevas lenguas de Europa se fraguaban cotidianamente en la vida vecinal, en los mercados, entre la gente de los feudos, y fueron poco a poco trasladándose a la lengua escrita, en ocasiones con poca conciencia de reflejar sobre el pergamino o el papel una nueva modalidad y mucho menos de estar iniciando la historia de una lengua. Este fue el caso del texto llamado «Noditia de Kesos», una humilde relación de quesos elaborada por un monje de León, como veremos más adelante. El punto de inflexión fue el siglo IX, ya que desde el año 800 se desencadenó por Europa toda una cascada de «primeros testimonios» escritos. Entre esos primeros testimonios merecen destacarse las dos líneas en romance italiano veronés conocidas como la *Adivinanza veronesa* (800):

Delante de sí guiaba a los bueyes, araba un prado blanco, tenía un arado blanco y sembraba una semilla negra.

La respuesta a esta antigua adivinanza es «la escritura». Algo posterior (842) es el famoso documento de los *Juramentos de Estrasburgo*, escrito en lenguas germánica y romance francesa, por el que dos nietos de Carlomagno se aliaban en contra de un tercero. Después llegaron otros textos menores en Francia, aunque no alcanzaron la relevancia de la poesía provenzal o del *Cantar de Roldán* (1170). Este cantar, donde se narra la escaramuza de Roncesvalles, es pieza clave de la literatura épica europea, con la que entronca el anónimo y castellano *Cantar de mío Cid*. Fuera del ámbito románico, en la Alta Edad Media también destacaron el poema épico anglosajón *Beowulf* y la poesía alemana de los *Minnesänger*, entre otros textos.

Castilla	Florenia	Francia	Inglaterra	Alemania
Don Juan	Dante	Guillaume	Geoffrey	<i>Cantar</i>
Manuel, <i>El conde Lucanor</i> (1330-1343)	Alighieri, <i>La divina comedia</i> (1302-1321)	de Machaut, <i>Ars Nova</i> (s. XIV)	Chaucer, <i>Los cuentos de Canterbury</i> (1380)	<i>de los Nibelungos</i> (s. XIII)
Juan Ruiz, <i>Libro de Buen Amor</i> (1330-1343)	Giovanni Boccaccio, <i>Decamerón</i> (1351-1353)			

Castilla	Florenia	Francia	Inglaterra	Alemania
Fernando de Rojas, <i>La Celestina</i> (1500)	Francesco Petrarca, <i>Cancionero</i> (1470)			

Obras destacadas de la Baja Edad Media europea

A partir del siglo XIV, la literatura europea, liberada del yugo de un latín que condicionaba grandemente su creatividad, experimentó un desarrollo espectacular, con frutos excepcionales en todos los géneros y con maravillas literarias que han influido en la cultura posterior, la europea y la universal, en todas sus manifestaciones: la música, la pintura, la escultura, el cine. Esta es la Europa lingüística y literaria que sirvió de marco al origen y desarrollo de la lengua española; un marco pleno de rasgos, obras y personajes fascinantes, un marco cuyo destino ha estado unido indefectiblemente al de la península ibérica a lo largo de toda su historia.

Personajes, personas y personillas

Alcuino de York

La reforma cultural carolingia tuvo un nombre propio, más allá de Carlomagno y de Luis el Piadoso: Alcuino de York, teólogo y erudito británico. Alcuino nació en 736 y murió en 805, con casi setenta años de vida dedicada a la religión, el estudio y la cultura; tanto, que su epitafio reza así:

<i>Dust, worms, and ashes now...</i>	Polvo, gusanos y cenizas ahora...
<i>Alcuin my name, wisdom I always loved,</i>	Alcuino me llamo, la sabiduría siempre amé
<i>Pray, reader, for my soul.</i>	Ruega, lector, por mi alma.

Su biografía intelectual comenzó en Inglaterra, donde tuvo que enfrentarse al aprendizaje del latín eclesiástico, con una diferencia respecto de los que lo estudiaban en las tierras francesas o italianas: su lengua materna, el anglosajón, no procedía del propio latín, sino de otra familia lingüística. Este simple hecho le dio una perspectiva más distante de la lengua de la Iglesia y le permitió percibir con claridad cuáles eran los instrumentos más eficaces para el aprendizaje y cuáles eran los factores que lo dificultaban.

taban. Su diagnóstico fue certero: había que dotar de nuevas normas al latín, a partir de la gramática clásica en la escritura y confiriendo uniformidad a la pronunciación; había que reescribir las obras que habían sido copiadas una y otra vez en un proceso de corrupción paulatina e imperceptible; había que escribir el latín en una letra legible y clara, para que pudiera ser leído por todos de igual manera; había que crear bibliotecas accesibles; había que llevar la enseñanza del latín a las escuelas; había que redactar manuales y glosarios que facilitaran el estudio; había que formar maestros capaces de enseñar una pronunciación y una escritura coherentes, y liberarse del aprendizaje intuitivo de la lengua.

Carlomagno tuvo la oportunidad de conocer a Alcuino de York en el 781 y un año después lo llamó para que formara parte de la corte de sabios que debían alumbrar una reforma capaz de llevar la cultura a los últimos rincones de su imperio, como aglutinante de la unidad religiosa y política en torno a la figura del monarca. Alcuino lideró la tarea lingüística y se ocupó de los detalles grandes, como la creación de una red escolar, y de los pequeños, como la reforma ortográfica del latín, en la que se proponía la distinción entre letras mayúsculas y minúsculas, como se viene haciendo hasta hoy. Todo ello junto a intelectuales como Paulo Diácono, Pedro de Pisa o Rábano Mauro, al servicio del emperador. «El Señor me llamó al servicio del rey Carlos», decía.

Alcuino enseñó durante varios años en la Escuela Palatina de Aquisgrán, cerca del monarca, al que también formó en las artes liberales, junto a sus hijos. A lo largo de su vida produjo una importante obra escrita, no exenta por momentos de tintes eróticos, en la que lógicamente destacaron sus trabajos pedagógicos: *De grammatica*, *De dialectica*, *De rhetorica*, *De orthographia*. No obstante, pocas cosas le fueron tan placenteras como estar rodeado de sus libros. Los méritos acumulados le valieron la jefatura de varias abadías, hasta su retiro final en el monasterio de San Martín de Tours, en Francia. «Qué dulce fue la vida mientras nos sentábamos tranquilos entre los libros», decía Alcuino.

Salvatore de Monferrate

Nació Salvatore en la región piamontesa de Monferrato, fruto del amor prohibido de Umberto y su hermana Vittoria, con tan mala fortuna que acusó un retraso mental por el que todos lo consideraron una auténtica reconvención divina. Sus progenitores decidieron abandonarlo en un

monasterio cercano a Alessandria para que Dios proveyera el modo de enmendar tan infausto error carnal. A los dos años de edad, Salvatore aún no decía media palabra y antes de cumplir los diez ya había pasado por media docena de monasterios de Lombardía, Liguria, Provenza y Auvernia, sirviendo en mil tareas y mal aprendiendo las distintas lenguas que en ellos se hablaban. Ya de mozo fue a dar a una gran abadía piamontesa para ayudar en los trabajos de la cocina. Allí adoptó en secreto la regla de Dulcino de Novara, que abogaba por la pobreza, la humildad y la comunidad de los bienes terrenales.

Las consecuencias de su retraso y de su largo periplo monacal se hicieron evidentes en un peculiar modo de hablar. Un novicio inglés, que había pasado un tiempo en la abadía piamontesa acompañando a un sabio franciscano, describió así su extravagante lengua:

No era latín, lengua que empleaban para comunicarse los hombres cultos de la abadía, pero tampoco era la lengua vulgar de aquellas tierras ni ninguna otra que jamás escucharan mis oídos. [...] Salvatore hablaba todas las lenguas y ninguna. [...] Advertí también, después, que podía nombrar una cosa a veces en latín y a veces en provenzal, y comprendí que no inventaba sus oraciones sino que utilizaba los *disjecta membra* de otras oraciones que algún día había oído.

Resultaba extraordinario que alguien fuera capaz de expresarse combinando de modo aparentemente caótico palabras y construcciones de lenguas diferentes. Pero era aún más sorprendente que todos en la abadía comprendieran mal que bien lo que Salvatore quería decir. Cuando alguien le reprochaba algún descuido, debido más a torpeza que a intención aviesa, siempre respondía: «Salvatore e buone». En realidad, Salvatore no representaba aberración lingüística alguna, sino la consecuencia extrema, plasmada en un solo individuo, de la cercanía entre los romances hablados, cuyas fronteras, en la geografía y en la propia lengua, se mostraban sumamente borrosas, al tiempo que el latín hacía de puente entre todas ellas.

NOTA. Este Salvatore es el personaje que Umberto Eco presentó en *El nombre de la rosa* (1980), al que se le han adosado unos mínimos antecedentes. El individuo es ficticio, pero su historia lingüística verosímil. La mezcla de lenguas es una de las consecuencias del contacto entre ellas, como lo es la confusión entre formas de lenguas afines y el uso de elementos fosilizados durante un proceso de adquisición lingüística.

En dos palabras

cerveza

La cerveza fue una bebida extendida por toda Europa y de consumo habitual en Egipto y Mesopotamia. Parece, no obstante, que entre griegos y romanos, más dados al vino, resultaba algo exótica. La razón de ello se encuentra en la geografía: allí donde la presencia celta fue más intensa, el consumo de cerveza fue más habitual. Y es que los celtas fueron un pueblo cervecero, gran fabricante y mejor bebedor. Por eso la forma celta *cerevisia* pasó directamente al latín, donde se documentó *cervisia* y *cervesa*. La transmisión de la palabra latina a las lenguas romances derivó en el uso de *cerveja* en portugués, de *cervesa* en catalán y de *cerveza* en español. Se trata, por lo tanto, de un celtismo del latín traspasado a las lenguas románicas.

En efecto, la convivencia de la lengua latina con las lenguas de los pueblos cuyo territorio fue ocupando la antigua Roma tuvo como resultado la incorporación al latín de numerosas palabras de origen prerromano. Así, el dominio latino acabó reflejando los espacios de las grandes familias lingüísticas de Europa que, actuando como sustrato, compensaron su desplazamiento mediante una impronta superviviente en todos los planos de la lengua latina, desde la pronunciación al vocabulario. Y desde el latín la heredaron las lenguas romances, que la conservan celosamente sin que los hablantes suelen conocer la gran historia que acarrean consigo. Algunos vocablos del español, de origen incierto, son incluso anteriores a la romanización: *barro*, *charco*, *galápagos*, *manteca* o *perro*. De apariencia ibérica son *álamo*, *garza*, *puerco* o *toro*. Y a través del latín llegaron los celtismos que derivaron en voces como *camisa*, *carro*, *carpintero* ‘el que hace carros’, *brío* o *vasallo*, junto a *cerveza*, cuya documentación más antigua en español es de 1540. Probablemente la razón de un testimonio tan tardío esté en que la cerveza no había sido bebida corriente en Castilla. De hecho, las biblias medievales en romance se referían más a la «sidra», que, en la época, no significaba necesariamente bebida alcohólica de manzana, sino bebida alcohólica fuerte.

Por último, resulta interesante comprobar cómo la cerveza permite dividir el mapa lingüístico de Europa en dos bloques: uno minoritario, usuario de *cerveza* y sus variantes; y otro mayoritario, que prefiere *Bier*, *beer*, *bière* o *birra*. El origen de estas voces del alemán, el inglés, el francés o el italiano pudo estar bien en la raíz germánica *beuwo*- ‘cebada’, bien en la palabra latina *BIBER* ‘bebida, brebaje’. Eso sí, resulta paradójico que

Francia, tierra de celtas, haya preferido *bière* a *cervoise* y que en España, tierra de *cerveza*, esté ganando terreno el italianismo *birra*, al menos entre los jóvenes. Y es que las transferencias entre lenguas son muy antiguas, pero siguen siendo un fenómeno vivo de consecuencias siempre sorprendentes.

guerra

La palabra española *guerra* es tan antigua como el propio idioma. No es de extrañar, por tanto, que apareciera varias veces en el *Cantar de mio Cid*, el poema épico y bélico por excelencia de la Castilla medieval.

Aguijo mio Çid, | ivas cabadelant ‘íbase hacia delante’
y ffinco en un poyo ‘se asentó en un banco de piedra’ | *que es sobre Mont Real;*
alto es el poyo, | maravilloso e grant,
non teme guerra, | sabet, a nulla part ‘sabed, de ninguna parte’.

Cantar de mio Cid, 1207?, vv. 862-864

Guerra procede del antiguo germánico occidental *werra*, donde significaba ‘pelea, disputa’, y de ahí pasó al latín vulgar, que la adoptó en toda su geografía. Ahora bien, es interesante apreciar que la distancia semántica entre una «disputa» —significado original— y una «guerra» —significado final— ya se recorrió en el propio latín gracias a su uso como eufemismo, como cuando los soldados comentan «va a haber jaleo», antes de iniciarse una auténtica guerra. La voz española *guerra*, con su significado actual, es un germanismo que el latín recibió en la época de las invasiones bárbaras. En ese periodo, el campo militar fue el mejor abonado para la recepción de este tipo de préstamos: *yelmo*, *dardo*, *espuela*, *guarecerse*. Además, el latín también incorporó germanismos relativos al vestuario (*falda*, *cofia*), a la diplomacia (*heraldo*, *alianza*, *embajada*) o a la vida afectiva y cotidiana (*orgullo*, *desmayarse*, *blanco* o *guisa*), que obviamente pasaron al español.

En lo que se refiere a la presencia de pueblos germánicos en la península ibérica, especialmente de los visigodos, explica el filólogo Rafael Lapesa que su influencia sobre los romances hispánicos no fue muy grande. La romanización temprana de los germanos provocó que el latín viniera a sustituir desde muy pronto a su propia lengua, que en el siglo VII se encontraba muy debilitada. Esta circunstancia explica que no existiera en

la península un periodo de bilingüismo antes de la desaparición de la lengua germánica, como sí existió en Francia. Las *pizarras visigóticas*, encontradas en el centro peninsular, son un curioso testimonio histórico por el material sobre el que se escribe, pero sobre todo son un maravilloso ejemplo del latín utilizado por el pueblo germano entre los siglos VI y VII. A pesar de su desplazamiento hacia el latín, existe un centenar de voces germánicas antiguas aún vivas en español, sin que se sepa con seguridad si llegaron ya incorporadas al latín. Así, a las ya señaladas, podrían añadirse otras como *realengo*, *abolengo* (con un sufijo claramente germánico), *brote*, *casta*, *parra*, *esquila*, *ropa*, *rapar* o *ganso*, si bien resultan más reveladores de la huella germánica los nombres de persona incorporados a la onomástica española: *Álvaro*, *Rodrigo*, *Gonzalo*, *Alfonso*, *Adolfo*, *Elvira*, *Gertrudis*; así como el sufijo *-ez* o *-iz* de nuestros apellidos hispánicos (*Rodríguez*, *Fernández*, *Álvarez*), cuyo origen es prerromano, pero que se difundió por influencia del sufijo germánico que se añadía a continuación del nombre individual para indicar el paterno.

Y también quedó como vestigio de un pasado germánico el uso de la palabra *godo* con el significado de ‘orgullosa, altanero, jactancioso’ (*hacerse el godo* ‘ser prepotente’, se decía en el siglo XVII), que tal vez explique por qué los nativos de las islas Canarias llaman *godos* a los peninsulares; o por qué los independentistas de las repúblicas americanas se lo decían a los leales a la corona española, los liberales del Caribe a los conservadores, y los bolivianos y chilenos a los españoles.